

Ciencia, derecho y apocalipsis

Liliana Fort

La vida es el máximo desarrollo conocido desde aquella energía primordial que se transformó en materia y radiación, asumiendo gradualmente formas más complejas. De la energía se formaron las partículas, de éstas los átomos, de los átomos la moléculas más simples hasta las más complejas agregándose todo en nubes inmensas de las cuales nacieron millones de estrellas y cuerpos sólidos, fríos y oscuros sobre los cuales la evolución de la materia prosiguió hasta la formación de las primeras células. Con esto brotó la vida, que sucesivamente se manifestó en formas siempre más estructuradas bajo la influencia del ambiente que a su vez siempre ha sido más y más modificado por los seres vivos.

28

La vida no es un estado, es un proceso que se desarrolla según ciertas características materiales, en el cual las estructuras del existente se han venido transformando hasta la aparición del pensamiento. Este proceso no es ni la reunión de las partes mecánicas del Universo ni la progresiva realización de un plan preestablecido. Parafraseando a Bergson, la vida es la chispa que al moverse se fragmenta creando la materia del Universo. Esta se ha transformado desde la aparición del hidrógeno hasta la aparición del ser que dentro de las grandes líneas de la evolución no sólo es instintivo sino inteligente: el ser humano.

Dentro del género humano ha habido históricamente diferentes posibilidades de desarrollo, caracterizadas cada una por una metafísica propia. Esta concepción del trascendente es la idea humana de aquello que actúa más allá del reino físico, y que lo mueve. Es una cosmogonía, que se expresa en mitos que reflejan la personalidad del grupo social, y que a la vez la constituyen reflejando ciertas líneas de inspiración

de la producción humana en general. Mitos que las religiones han constituido en dioses al afirmarlos como reales, y de los cuales las únicas concreciones son los discursos acerca de ellos y las obras inspiradas en el deseo de adquirir su supuesta grandeza; cualidad que, no es otra cosa que la voluntad de poder del hombre proyectada en la imagen cósmica que tiene de sí mismo. Y es esta imagen cósmica la que condiciona la aparición del tipo de formas a través de las cuales brota, se conserva, se manifiesta y cambia la vida; formas que constituyen la llamada normalidad y los valores fundamentales del grupo.

La moral —como ya lo contemplara Nietzsche—, es un medio de preservación de la vida comunitaria y tiene sus raíces en el instinto. Este hace actuar al individuo irreflexivamente hacia la conservación de la especie. Es la voluntad de vivir que se organiza para la satisfacción de ciertas necesidades básicas. En el mundo material esta organización se manifiesta como la repetición de las conductas reputadas necesarias para la vida. Es así como surge un sentimiento de obligatoriedad en relación con ciertas prácticas grupales.

Dado que el mundo no ofrece sus recursos materiales pródigamente a los hombres, éstos viven el conflicto tanto para su adquisición como para su conservación propiciándose la formación de grupos. Ser solidario con un sujeto significa dejar de serlo con otro.

La solidaridad social cohesiona los grupos y los divide. Esto se lleva a cabo no mediante un reconocimiento intelectual sino de manera instintiva. El hombre reconoce al otro como miembro de su comu-

nidad a vivir con él un mismo origen y fin, lo cual plasma en sus mitos.

Es en esta dimensión mítica donde se manifiestan los personajes o fragmentos de ellos que son continuamente representados por cada miembro. Este fenómeno tiene un sentido estético a la vez que moral ya que cada individuo en su actuación despliega una serie de conductas que son valoradas en tanto sirven para la continuación de la vida, y que se llegan a personificar al nivel de los ideales.

La capacidad mitificadora del hombre puede manifestarse libre y espontáneamente en el arte o a través de la religión, en donde de manera institucional se representa al trascendente. Esta representación es una imagen modelo en la fabricación de las almas a través de la manipulación del cuerpo. Las religiones montan el escenario donde sus fieles actuarán su papel dentro del gran teatro de la humanidad. Cada uno es un actor, una pequeña pieza del cuerpo social que lo constituye y lo hace funcionar, una pequeña voluntad de poder que desea ser como el modelo proyectado.

En occidente, este modelo es proporcionado a través de una obra literaria —La Biblia—, que dirigiéndose al nivel inconsciente, forma las almas humanas.

El alma no es una ilusión, ni un efecto ideológico. Según nos señala Foucault, ella tiene una realidad que está producida permanentemente en torno, en la superficie y en el interior del cuerpo por el funcionamiento de un poder que se ejerce sobre aquellos a quienes se castiga. Y no sólo se castiga a los presos sino a todos aquellos a quienes se vigila, se educa, se corrige.

El Apocalipsis es en occidente el paradigma del castigo; a través de él se materializa la figura de un trascendente absoluto, juez supremo y a la vez modelo de la humanidad. Tal personaje ha proporcionado las líneas de inspiración a través de las cuales se han realizado los productos más notables de nuestra civilización. Esta producción está caracterizada por una escisión entre el sujeto y el mito, el sujeto y la verdad, y entre el sujeto y la obligación.

Históricamente han existido diversas civilizaciones. Estas son caracterizadas según Schrecker como sistemas de normas implícitos que determinan realmente la conducta humana en un cierto punto del tiempo y del espacio.

Tanto en la religión, en la ciencia y en el derecho como en las otras estructuras básicas de la civilización según piensa el autor, existe una relación de iso-

morfismo. Esta es una correspondencia entre dos o más sistemas definida por la condición de que hay una relación de uno a uno entre los elementos estructurales respectivos de los sistemas relacionados. Son la revelación, el método y, la constitución, los principios generadores de las estructuras antes relacionadas. Se puede afirmar que los tres están constituidos por normas, que en el primer caso tienen como finalidad la consecución de la felicidad a través de la salvación, en el segundo el manejo del mundo a través del establecimiento de la verdad y en el tercero la seguridad en el goce y disfrute de los bienes materiales. Las tres estructuras revelan una dualidad fundamental entre el yo y el poder del otro: dios y su iglesia; el método y su verdad; la constitución y el estado se colocan frente al individuo, crean su alma dándole un modelo mítico, crean sus discursos constituyéndolos en verdades científicas y, crean su comportamiento formando y reformando las almas de los sujetos a través de los grupos disciplinarios que reproducen el modelo de alianza entre el sujeto y el poder.

Los orígenes de nuestra civilización se encuentran en Grecia y Roma antigua; es allí donde surge el derecho con la aparición del poder jurisdiccional que no en más que la cristalización del principio de no ser juez y parte de un litigio. Tales problemas sobra decirlo, tienen sus orígenes en la escasez de recursos naturales. Su resolución es entonces encargada a un tercero que imparcialmente pesa, mide y divide los bienes. El derecho surge entonces a partir de problemas económicos.

Al decaer el imperio es el cristianismo quien toma y revitaliza este producto, adecuándose perfectamente a su metafísica del poder. Durante la edad media la Teología Jurídica ve en el cuerpo del Rey una instancia doble: por un lado él nace y muere, y por el otro su poder permanece a través del tiempo; en ello consiste el poder divino de los Reyes.

El Renacimiento marcó una revolución importante en la manera de ver el mundo. El hombre como centro del Universo sustituye a dios. Esto sienta las bases para el surgimiento de las estructuras típicas de la modernidad que son el estado, el derecho y la ciencia.

La Ciencia

La ciencia es una estructura originada en el deseo del hombre de conocer el mundo para transformarlo dominarlo y supuestamente gozarlo. La voluntad de vivir se desdobra en voluntad de saber y voluntad de poder dando por resultado la constitución de una verdad laica, no basada en ninguna revelación, más bien asegurada en tanto se establece un método y ciertas

condiciones para su acceso. El hombre entonces se coloca como centro de Universo y de allí mide, predice y manipula el mundo para disponer de él, autoubicándose y midiéndose en relación con su mito.

La llamada revolución copernicana significó un giro fundamental en la relación del hombre con su mundo. Según piensa Kant, es el sujeto el punto de donde se impone al material de la experiencia las propias formas cognitivas. Es el principio de causalidad entonces, el medio por el cual el entendimiento ordena y explica la realidad. La coincidencia de esta forma a priori, con el real acontecer del mundo es el hecho que nos explica el éxito que ha alcanzado la ciencia en su empresa de dominio. Sin embargo el progreso a venido se ha pagado con el abandono de la pretensión de comprender a la naturaleza como una manifestación de poderes, virtudes y tendencias emocionales tales como el amor y el odio, abandono, que al interno del cuerpo teórico resulta irrelevante.

El paradigma de las ciencias naturales es la física; de ellas se han desprendido diversos continentes de conocimiento. Estos se califican más o menos como científicos en la medida que utilizan a la causalidad y dejan de lado cualquier otro tipo de relaciones.

El Derecho

Es en la modernidad cuando surge el derecho de una manera específica: creando una realidad llamada estado, que monopoliza el poder a través de la facultad de aplicar sanciones.

Es Kant quien se propone, no sólo examinar las posibilidades del conocimiento que produce la razón en su uso teórico, sino también analizar las posibilidades del conocimiento en el campo moral y la organización de una teoría del derecho.

El criterio de moralidad según el filósofo viene dado en una forma a priori, es un imperativo categórico el que establece la universalidad de la ley como criterio formal de validez. La voluntad es calificada como buena en tanto obedece a la ley por el mero respeto a su forma. Esta buena voluntad —que excluye de sus motivaciones para la acción cualquier tipo de inclinación sensible o el mismo deseo de ser feliz—, es lo que el filósofo considera como la expresión en el terreno moral, de la voluntad de vivir. Expresión que, corta de tajo con toda motivación estética como sería las inclinaciones hedonistas tanto como las eudemonistas.

En relación con el derecho Kant piensa que su validez proviene también de una forma. El imperativo de

derecho manda que las acciones realizadas en el espacio y el tiempo se lleven a cabo de manera tal, que el libre uso del arbitrio pueda concordar con la libertad del otro, según una ley universal de la libertad.

La legislación jurídica difiere de la moral en que la primera es exterior y se refiere a las conductas determinadas por el arbitrio; no así la moral que es interior. Sin embargo, es un imperativo moral de *conditio per quam* de la validez del derecho, ya que esta viene formalmente dada a través de una norma moral que comanda como deber propio el cumplimiento del deber específico que impone el derecho.

Es la fuerza la que constituye la *conditio sine qua non* del derecho, ya que el elemento que funda y sostiene tal legislación exterior es la facultad de coaccionar. Esta es justificada diciendo que se trata de una coacción recíproca e igual que concuerda con el principio de la libertad universal. Con esto se prescinde de las relaciones de jerarquía generalizadas que existieron durante el feudalismo para constituir unas nuevas relaciones en donde a nivel formal se predica la igualdad de las voluntades y su libertad, haciendo abstracción de las condiciones concretas del sujeto con relación a su acceso a los bienes materiales. Así surge el estado moderno en el cual, son sus órganos las instancias que monopolizan el ejercicio de la fuerza. El suplicio existente en las monarquías según nos dice Foucault se transforma en la prisión. Esta es el lugar en donde, en vez de aplicar un castigo que sirve como ejemplo al pueblo en ejercicio del poder divino de los Reyes, se privatiza y se oculta la aplicación de la pena. Es en la cárcel en donde se uniformizan los sujetos a ser privados de la libertad, único bien común.

La prisión es una institución nacida para formar y reformar el alma de los individuos actuando sobre lo único que de ellos se tiene: su cuerpo. Continúa en esta historia existiendo un juez llamado voluntad general que vigila, previene y corrige las desviaciones del alma no sólo de los delincuentes sino de todo el conglomerado social. Esta institución no es solamente el lugar donde se readapta al infractor, es también —y en ello consiste su efectividad—, la imagen de cada miembro de la sociedad se forma de ella, imagen que, se refleja en otros grupos sociales constituyéndose la sociedad disciplinada.

Es en la prisión donde nacen las ciencias sociales a partir del deseo de conocer al hombre para actuar sobre él y transformarlo en un sujeto sumiso. Sin embargo estas ciencias solamente cuentan con los datos empíricos que se tienen de la conducta humana y son elaboradas tomando como modelo la física aunque nunca se lleguen a igualar a ella, ya que en este

campo se da siempre la posibilidad del imprevisto de la voluntad.

El Apocalipsis

Desde los episodios de Hiroshima y Nagasaki en 1945 la humanidad comienza a vivir la era nuclear. Esta es caracterizada por el equilibrio del terror. En nuestros días el desarrollo de la humanidad se funda en el riesgo potencial de una guerra termonuclear, hecatombe que en gran escala resultaría un completo desastre no sólo para los beligerantes sino para todo el género humano ya que no se llegaría con ello a resultado alguno que pudiera ser deseado por un hombre cuerdo.

La era nuclear se distingue por el hecho de que el tema mismo de la guerra ha cambiado de naturaleza, dejando de ser un instrumento de fuerza como siempre lo fué, para convertirse en un instrumento de muerte universal y absoluta.

Esta guerra, como nos dice Norberto Bobbio es un evento específico. Lo prueba con tres argumentos. El primero de naturaleza práctica y los otros dos de naturaleza filosófica:

- a) Siendo la victoria la meta de la guerra, el estallido de una batalla nuclear haría imposible distinguir vencedores y vencidos entre los causalmente inmunes a la catástrofe.
- b) Ninguna guerra en el pasado por más larga y cruel ha puesto en peligro la entera historia de la humanidad.
- c) Las teorías que han sido creadas para dar cuenta o justificar la guerra ya no proporcionan una explicación adecuada del evento.

Esta situación es caracterizada por el autor como una vía bloqueada y su explicación o posible solución no viene dada al interno de los productos humanos que la han hecho posible.

El desarrollo de la física ha posibilitado la puesta en escena del mítico apocalipsis sin posibilidades de solución ya que, el método de las ciencias naturales establece una brecha entre voluntad de vivir —expresada en su dimensión moral y estética— y, entre la voluntad de saber y poder que ha sido desplegada a través del método científico.

Las ciencias sociales incluyendo las teorías del derecho, —concretamente la teoría Kelseniana— han establecido también una brecha entre esos ámbitos al buscar su positivización. Con esto se ha dejado de

lado la expresión estética del alma. Es por ello —pensamos que no ha sido explicado ya que este parece ubicarse en el inconsciente mítico instintivo de la humanidad.

Ante esta vía sin salida lo único que resta es dar un paso atrás. Paradójicamente este retroceso no sería otra cosa que la práctica de un pacifismo activo que presupone la crítica de las justificaciones tradicionales de la guerra y encuentra su camino en las acciones no violentas para eliminarla. Esto es posible solamente pensando en el sentido que se le ha dado a la vida y en el que se le quiere dar. En el tramo recorrido está una voluntad de saber y poder incontrolables; en el posible tramo por recorrer sería posible constituir una voluntad de gozar el mundo, tanto de los bienes naturales como de los humanos. Esto sólo es posible presuponiendo que la única fuente del disfrute es el sujeto individual, y por lo tanto a este nivel la única instancia de decisión del ideal que podría ser fijado en la belleza, armonía y paz.

La humanidad no es un concepto abstracto sino un conjunto de individuos que decide para continuar gozando de este mundo, cambiar sus relaciones con el. Sólo así sería posible ubicar y revitalizar tanto a la ciencia como al derecho.

BIBLIOGRAFIA

Le due Fonti della morale e la Regione
Bergson (Edizioni di Comunità)

Sedici Lezioni su Kant
Simmel (CEDAM-Casa Editrice Dott. Antonio Milani)

La estructura de la civilización
Paul Schrecker (Fondo de Cultura)

Principios metafísicos de la doctrina del Derecho
Kant (UNAM)

Vigilar y castigar
Michel Foucault (XXI)

Il Problema della guerra e le vie della pace
Norberto Bobbio (Universale Paperbacks Il Mulino)